

¿Qué está pasando con la filosofía tomista?

Quien tiene el inmerecido honor de dirigirles la palabra en ocasión tan señalada y sede tan ilustre como ésta, es filósofo tomista. Por ello mi discurso se centra en el ámbito filosófico. Pretendo compartir con Vds. mis reflexiones acerca de lo que está pasando –a partir del Concilio Vaticano II y especialmente en los últimos decenios– con la filosofía de Santo Tomás, y presentarles algunas sugerencias sobre lo que –a mi juicio– hay que hacer de cara al futuro.

1. ¿Qué ha sido de verdad la “filosofía tomista”?

Para poder pensar mi argumento creo que es indispensable enfocar con precisión la cuestión que acabo de plantear. La repito: ¿Qué ha sido de verdad la llamada filosofía tomista? No nos basta una respuesta abstracta del tipo: La filosofía que inventó y utilizó para hacer teología aquel enorme escolástico que fue santo Tomás de Aquino. Esto, que es verdad en términos generales, desatiende demasiados aspectos históricos concretos, relevantes para nuestro asunto. Conviene –o mejor, es imprescindible– decir algunas cosas más.

La figura histórica del Aquinate es suficientemente conocida por mi auditorio. Gracias a James Athanasius Weisheipl¹ y a Jean-Pierre Torrell², todos saben que **santo Tomás de Aquino** (1224 o 25-1274) fue un dominico del siglo de oro de la escolástica, discípulo de san Alberto Magno, por dos veces profesor de teología en París y, entremedias, teólogo en la corte pontificia; y, además, un escritor extraordinariamente fecundo, que aportó su personal síntesis entre la tradición de los santos padres –especialmente latinos– la filosofía neoplatónica –particularmente la de san Agustín– y el que –a su juicio y al mío– fue el mejor filósofo de la antigüedad griega, Aristóteles, enriqueciéndolo con aportaciones puntuales de la moral estoica ciceroniana y de todo lo que le pareció útil y coherente con su sistemático y penetrante cuadro intelectual al servicio de

¹ WEISHEIPL, J. A., *Friar Thomas d'Aquino: His Life, Thought and Work*, Catholic University of America Press, Garden City 1974. Hay traducción española: *Tomás de Aquino. Vida, obras y doctrina*, EUNSA, Pamplona 1994.

² TORRELL, J.-P., *Initiation à Saint Thomas d'Aquin. Sa personne, son oeuvre, son temps*. Éditions Universitaires Fribourg Suisse – Éditions du Cerf Paris 1996. Hay traducción española: *Iniciación a Tomás de Aquino. Su persona y su obra*, EUNSA, Pamplona 2002.

la verdad revelada, la de Cristo. Este teólogo, generoso en su explicación de la Sagrada Escritura y exhaustivo en su comentario a las *Sentencias* de Pedro Lombardo, se sintió responsable de ofrecer, en la *Summa contra gentiles*, su propia síntesis de teología digamos “apologética” (el término es anacrónico, como es sabido; si aceptáramos un anacronismo todavía mayor y más inexacto, pondríamos hoy “fundamental”); y esa otra síntesis de lo que –también con cierta holgura– podríamos llamar teología “dogmática”: la inconclusa *Summa theologiae*.

En el marco de su original concepción de las relaciones entre razón y fe, filosofía y teología³, se distinguió por sus amplios y autorizados –aunque muy personales– comentarios sobre Aristóteles (*Lógica, Física, De anima, Ética, Política, Metafísica*), los escritos neoplatónicos del Pseudodionisio y el *Liber de causis*, así como por sus monografías: desde el *De ente et essentia* hasta el *De substantiis separatis*, y un largo etcétera; estudios que añadían a su calidad filosófica, la de servir al *intellectus fidei*, objetivo principal de su autor.

Es cierto que el valor filosófico de sus obras fue percibido también por sus rigurosos contemporáneos –incluido su contrincante en la parisina Facultad de Artes, el averroísta Siger de Bravante, que obtuvo información para sostener su tesis monopsiquista nada menos que del *Contra gentiles* de Tomás y que terminó doblegándose a la argumentación tomasiana del *De unitate intellectus*–; eso es cierto, tan cierto como que el propio Tomás, que afirmaba el valor autónomo de la filosofía, la cultivó siempre al servicio de la teología⁴. Al poco de su muerte, algunas de sus tesis filosóficas, torpemente entremezcladas con las de los averroístas latinos, fueron rechazadas por el concilio provincial de París, presidido por el conservador arzobispo Esteban Tempier. Los discípulos y continuadores de Tomás, empezando por Reinaldo de Piperno, aunque eran conscientes de su original aportación a la filosofía, le tuvieron por teólogo. Incluso su maestro, Alberto, el que le había iniciado en el proyecto de “hacer inteligible Aristóteles a los latinos” defendió, tras la temprana muerte del excepcional discípulo, sus tesis desde su recuperada cátedra de teología en París.

³ *Summa theologiae* I, 1, 5; *Summa contra gentiles* I, caps. 1-8. Un buen resumen de la misma en la *Catequesis* de Benedicto XVI en la audiencia general del 16 de junio de 2010.

⁴ Así se autorretrata Tomás, al principio de *Contra gentiles*, como investido de la vocación y del “oficio de sabio”, es decir, de *teólogo*: “Assumpta igitur ex divina pietate fiducia *sapientis officium* prosequendi, quamvis proprias vires excedat, *propositum nostrae intentionis est veritatem quam fides católica profitetur*, pro nostro modulo *manifestare*, errores eliminando contrarios: ut enim verbis Hilarii utar, *ego hoc vel precipuum vitae meae officium debere me Deo conscius sum, ut eum omnis sermo meus et sensus loquatur.*” (I, 2, 2)

Recordando estos hechos sobradamente conocidos pretendo establecer que *la llamada “filosofía tomista” nunca fue, en la mente de su autor, un cuerpo de doctrina autónomo. Ni estaba constituido como tal ni pretendía ser filosofía sin más, sino en todo caso filosofía “cristiana”, verdadera en sí misma, sí; pero nacida y desarrollada en el seno de la fe y al servicio de la teología.* Una filosofía hecha por un santo religioso –que en nada se avergonzaba de serlo–, teólogo de oficio, y que se beneficiaba de esa condición confesional hasta donde le resultaba metodológicamente posible. Evidentemente no incorporó a su trabajo los contenidos –como la Trinidad de Dios, la Encarnación, la Gracia, etc.– que son sólo accesibles merced a la revelación, pero no desdeñó entender, por ejemplo, la relación entre Dios y todos los demás entes mediante la categoría bíblica de *creación*, inédita para los griegos. Una filosofía que supera la “angustia de los sabios” gracias a una visión que atesora y explota las certezas cristianas acerca de la salvación del hombre⁵. Una filosofía rigurosa que, sin embargo, gracias a la fe discierne lo mejor de la herencia greco-latina, patristica y escolástica anterior, y rebasa los límites de sus mejores representantes tomados tanto individual como colectivamente. Una filosofía tan personal como las de los mejores filósofos y, precisamente por ello –en su caso– cristiana hasta la médula. Una filosofía que se desarrolla hasta los confines que logra abarcar la razón merced a la purificación y elevación del filósofo por la gracia de Dios. Y que reclama en sus discípulos, para que puedan acompañarle hasta el fin en su aventura intelectual, la misma purificación y elevación. Esto es lo que la Iglesia pide en la oración de su memoria litúrgica: no sólo “imitar el ejemplo que nos dejó en su vida” sino *“entender lo que él enseñó”*.

Pero justamente porque esta filosofía cristiana era y pretendía ser verdadera y propia filosofía, desencadenó un dinamismo inevitable, históricamente bien conocido: **Duns Escoto** (1266-1308) entendió que no podía hacer ciencia filosófica estricta sin un concepto preciso de ser que sustentara la metafísica. Para ello propuso su concepto unívoco de ser, perfectamente divisible en infinito y finito. La distancia con Tomás –que de primeras podría parecer una sutileza escolástica, una minucia irrelevante– es en realidad abismal. Para el Aquinate el ser es “*primum cognitum ac notissimum*”⁶ y, por eso, indefinible, impensable si no es analógicamente, como veremos más adelante cuando esbozemos su filosofía del ser; pero esta indefinición de base no es obstáculo para el filosofar porque, para el filósofo cristiano, lo dado –el ser– es en sí mismo previo y franco a

⁵ *Summa contra gentiles* III, 48.

⁶ *Questio disputata de veritate* I, 1.